

Y á la pavorosa luz
del terror á lo futuro,
frente al porvenir obscuro,
entre un altar y una cruz,

juzgábase hazaña loca
del que miraban en calma,
sin temores en el alma
ni oraciones en la boca.

En cada oscura calleja,
en cada rincón sombrío,
en el feudo ó señorío,
en el portal y en la reja,

siempre la imagen de un santo
evitaba algún tropiezo,
ayudando con el rezo
lo mismo al placer que al llanto.

En cada humana contienda
alentaba un amuleto,
dando así al vulgo indiscreto
motivo á extraña leyenda.

Y de amor ó envidia en pos
era árbitro la conciencia,
amparando la existencia
el santo nombre de Dios.

En aquella edad sagrada,
brillaba la cruz triunfante
en el cuello de la amante
y en el puño de la espada.

Era emblema en el señor,
en las damas ornamento,
divisa en el campamento
y simbolo en el honor.

Adorarla era la ley
y fué envidiable la suerte,

de hallar con ella la muerte
por la patria ó por el rey.

Tiempos de austera quietud
y de abnegado heroísmo,
en ellos fué el fanatismo
locura de la virtud.

No fuera noble culpar
al pueblo de sus errores,
que sólo buscó fulgores
entre el trono y el altar.

II

Era de ver con espanto
el cuadro que á humanos ojos
entre rezos y sonrojos
bañaba en copioso llanto,

cuando sin otro trofeo
que un crucifijo sagrado
por gran cortejo cercado
iba al cadalso algún reo.

Por todo el pueblo era visto
con extrañeza sin nombre,
que no despertaba el hombre
la curiosidad que el Cristo.

Era una escultura antigua,
polverienta y maltratada,
por el uso trasformada
en penate ó estantigua.

El tosco cuerpo maltrecho,
la faz de duras facciones,
dispersos rojos manchones
en la espalda y en el pecho.

Los ojos como mirando
á quien lo ve frente á frente,
y con la expresión doliente
del que reza agonizando.

Secas gotas purpurinas
en la frente por guirnalda,
tachonando la esmeralda
de la corona de espinas.

Toscas manos, toscos pies,
tosca la escultura extraña
que trajo á la Nueva España
un marino portugués.

Fué el marino un pecador
contumaz, empedernido,
que al morir arrepentido
le dijo á su confesor :

— « Por mis crímenes sin cuento
fuí á la Inquisición llevado,
y por ella sentenciado
á morir en el tormento.

En la terrible ocasión
de cumplirse mi sentencia
nadie me vió con clemencia
ni á nadie pedí perdón.

En la horrible pieza obscura
do me iban á atormentar,
hallé en solitario altar,
esta sagrada escultura.

Se agitó dentro de mí
algo extraño al contemplarla,
y os confieso que al mirarla
de todo me arrepentí.

« Señor, tú me salvarás »,
le dije de aliento falto,

y oí una voz que en alto
respondió : « No morirás ».

Subí lleno de valor
al tormento ; allí me ataron,
y por más que lo intentaron
no sentí ningún dolor.

Sentí dulce y blando el yugo
cuando mis huesos crujían ;
los jueces se estremecían,
temblaba absorto el verdugo.

Y al fin vieron con espanto
inútiles sus furores,
yo estaba en lecho de flores,
y mi quejido era un canto.

Cuando del potro salí
y fuí con asombro visto,
los ojos del Santo Cristo
estaban fijos en mí.

Lloré al mirarlo, y después
comentaron el milagro. . .
desde entonces le consagro
mi vida, orando á sus pies.

En mis postreros instantes
os doy esta maravilla,
que amparó en vieja capilla
á tantos agonizantes.

En momentos tan sagrados
vierte fe, paz y concordia ;
es sol de misericordia
junto á los ajusticiados ».

Y el marino acabó así :
« Que le encomienden su suerte
los condenados á muerte
y los salve como á mí ».

El hombre aquel expiró;
su confesor con pavora
recogiendo la escultura
al obispo la llevó.

Para dar piadoso ejemplo,
sus milagos publicaron
y pronto le consagraron
en Méjico, humilde templo ¹.

Y de allí, en años pasados
iba á la Plaza Mayor
llamán lole con pavor
« el Cristo de los ahorcados ».

III

De una edad en otro edad
el tiempo todo lo hiere;
todo pasa y todo muere
en la triste humanidad.

Añejas memorias son
las que sin galas os cuento,
fútil y raro argumento
para cada tradición.

No queda ni leve traza
de aquellos tiempos de duelo;
ya persigue en nuestro suelo
nuevo afán la misma raza.

Queda envuelta en el olvido,
de nuevos hechos avara,
la imagen que acompañara
á tanto ser afligido.

¹ La iglesia con casa de recogimiento, del Señor de la Misericordia, estuvo situada hacia la mitad de la calle viendo al sur. Se fundó en 1709 y se arruinó en 1792. En su lugar se construyeron casas.

Y juzgan pueril ó falso
la conseja ó el rumor
de que infundiera valor
frente á frente del cadalso.

Indiferente lo ve
el pueblo que le temía;
porque no puede en el día
ser lo mismo que antes fué...

Allí está... limpio é ileso
de la injuria de los años...
ve cual devotos extraños
á los héroes del Progreso.

No hay una ofrenda en su altar,
sólo en noche solitaria
los muertos, triste plegaria
vienen allí á levantar.

Allí está... pálida luz
lo baña en tintas suaves
bajo las calladas naves
de la Santa Veracruz.

Él fué inspirando terror
y al crimen dando bochorno
cuando fué el cadalso adorno
de nuestra Plaza Mayor.

Hoy mira mejores días
que le olvidan con orgullo,
sin que lo aturda el murmullo
de lamentos y agonías.

La iglesia en que lo adoraron
no deja rastro siquiera;
es la reliqua postrera
de tiempos que ya pasaron.

No logra que á nadie asombre
su aspecto triste y modesto,

y cual legado funesto
deja á una calle su nombre.

Con un desprecio profundo
oye ese nombre la gente...
porque nada es permanente
y todo pasa en el mundo.

Una edad tras otra edad
diversos hechizos lleva,
¡todo muere y se renueva
en la triste humanidad!

EL SELLO DEL INFIERNO

LEYENDA DE LA CALLE DE BALVANERA

I

Mendo Ruiz y Gastón López,
amigos desde la infancia,
estudiaron con gran éxito
Derecho en las mismas aulas.

Ambos merecieron siempre
idénticas alabanzas,
conquistándose á igual tiempo
la misma envidiable fama.

Mendo era un mozo robusto,
de inteligencia muy clara,
licencioso en sus costumbres
y de correcta palabra.

Dadivoso hasta el pecado,
galanteador con las damas,
en el vestir elegante
é infatigable en las zambras.

Actor en cien aventuras,
supo manejar la espada
defendiendo en nobles lides
el limpio honor de las damas.

Gastón, excéntrico, adusto,
era el primero en la cátedra,
y fué su placer más grato
revolver antiguas páginas.

Los polvosos pergaminos,
las crónicas olvidadas,
eran para el estudiante
fuentes de placer y calma.

Y se le vió noche á noche
en su celda solitaria
entregarse á la lectura
hasta muy cerca del alba.

Era un hombrecillo débil,
de tez muy fina y muy pálida,
de semblante dulce y triste
y de apacibles miradas.

Jamás se mostró expansivo,
ni gastó bromas y chanzas,
ni provocó injustas riñas,
ni dió de Tenorio traza.

La soledad, el silencio,
la humildad pura y sin tacha,
y el afán de saber mucho
estudiando con constancia,

fueron los solos placeres
á que siempre se entregaba,
teniendo así una existencia
ni envidiosa, ni envidiada.

Mendo y Gastón se quisieron
desde la primera infancia,
y eran más que dos amigos,
dos hermanos que se amaban.

Gastón, al juzgar á Mendo,
siempre disculpó sus faltas,

hijas de su ligereza,
de su edad y de su audacia.

Mendo vió siempre á su amigo
como á una entidad sagrada
con destino manifiesto
de cumplir misión muy santa.

Siendo niños jugó Mendo
con arcabuces y espadas,
y Gastón con incensarios,
y púlpitos y sotanas.

Afán del uno fué siempre
presenciar grandes batallas,
y afán del otro, ser faro
de caridad y esperanza.

Y siendo así tan opuestos,
jamás riñeron por nada,
ni se les vió en ningún caso
lanzarse sangrientas sátiras.

Eran los dos un modelo
de lealtad y tolerancia,
que la amistad cuando es pura
con ninguna hiel se amarga.

Y así vivieron felices
mostrando á quien los miraba,
que más que los de la sangre
valen los lazos del alma.

II

Al raudo correr del tiempo
separáronse al fin ambos,
y Gastón fué sacerdote,
y Mendo rudo soldado.

Nunca dejaban de verse,
siendo su solaz más grato

en sus más tranquilas horas
hablar de tiempos pasados.

Y en una tarde apacible,
departiendo mano á mano,
cuentan los que los oyeron
que así los dos se expresaron :

— ¿ Juzgas tú, Gastón amigo,
y sé al decírmelo franco,
que al acabarse esta vida
detrás de la tumba hay algo ?

¿ No se acaba para siempre
el tosco cuerpo de barro
desde que en obscuro asilo
lo devoran los gusanos ?

¿ Y no acaban de tal modo
los sueños que acariciamos
cuando los ojos se apagan
y se enmudecen los labios ?

Mira bien ; ya somos viejos,
nuestro cabello está cano,
hay en nuestra frente arrugas
y abatimiento en el ánimo ;

tú, desde niño has creído ;
yo, desde niño he dudado ;
tú tienes fe en otro mundo
y yo á entenderlo no alcanzo ;

para ti en la tumba empieza
otro destino más alto ;
para mí todo se acaba
en el fondo del osario.

Dime la verdad, amigo,
dime la verdad, hermano,
y seré, si me convences,
el mejor de los hermanos.

— A quien como tú, me niega
lo que todos ven tan claro,
jamás he de convencerlo,
ni de convencerlo trato.

Hay mil seres cuyos ojos
no miran de igual tamaño
las cosas que en este mundo
se van encontrando al paso.

Así hay almas que no miran
lo que otras están mirando,
y hablar de la luz á un ciego
es inútil y es cansado.

Pero haremos una apuesta
terrible y de triste plazo.

¿ No la temes ?

— ¿ Yo temerla ?

— ¿ La digo ?

— Dila en el acto.

— Tú y yo de morir habemos.

— Es ley forzosa.

— Y no engaño
si digo que en días distintos
uno antes que el otro...

— Exacto.

— Pues bien, quien muera primero
le dará tarde ó temprano
testimonio al que esté vivo
de que tras la tumba hay algo.

— ¿ Y cuál será el testimonio ?

— Uno muy fácil.

— Veamos.

— Si tú te mueres, el día
que no esté solo en mi cuarto

darás en la cabecera

de mi lecho, con tu mano,
una palmada en el muro
alguna señal dejando.

Por ejemplo, si te salvas,
tus dedos veré estampados
del color que más te guste ;
pero siempre color claro.

Si no te salvas, eliges
el negro...

— ¡ Queda aceptado !

— Tú harás lo mismo.

— Lo mismo.

— ¿ Lo juramos ?

— ¡ Lo juramos !

III

Corrió el tiempo, y una noche
supo Gastón con gran pena
que Mendo murió en campaña
dejando en pie su promesa.

Pasáronse muchas noches
sin que nada interrumpiera
á Gastón en las lecturas,
dentro su apartada celda.

Pero una ocasión estando
en conversación amena
con algunos religiosos,
personas doctas y serias,

oyó, como todos ellos,
del lecho en la cabecera,
una palmada en el muro
breve, atronadora y seca :

con espanto, á un tiempo mismo
vuelven todos la cabeza,

y en el muro absortos miran
pintada una mano negra.

Se arrodillan con espanto,
y con voz ahogada y trémula,
santiguándose contritos,
un largo sudario rezan.

Súpose después la extraña
y misteriosa conseja,
yendo las gentes curiosas
á mirar la mano aquella,

que según los narradores
de la fatídica escena,
estuvo por muchos años
sobre la pared impresa.

La casa de tal suceso,
hoy en su aspecto diversa,
fué principal en la calle
llamada de Balvanera.

Y si el número no digo,
ni doy detalles y señas,
es porque aun espanta á muchos
vivir con almas en pena.

LA CALLE DE LA INDEPENDENCIA

Dadme la lira de los grandes bardos,
la que el vulgo no pulsa ni profana,
y en cuyas áureas cuerdas vibra eterno
el himno sacrosanto de la patria.

Dadme la lira que pulsó inspirado
de Acolhoacán el soñador monarca,
respondiendo á sus mágicos acentos
la linfa azul de las tranquilas aguas.

Dadme el rumor del centenario bosque
cuando aves, troncos, pájaros y ramas
se estremecen al ver cómo despliega
su corola de luz, la flor del alba.

Dadme la dulce voz de los zenzontles
que en noche melancólica y callada
sollozan á los rayos de la luna
las doloridas quejas del Anáhuac.

¡ Mártires de la patria primitiva !
¡ Héroes sin nombre de la grey indiana
que entrasteis al sepulcro ambicionando
por ventura inmortal vencer á España !

¡ Sombra de Cuauhtemoc, tú, que miraste
sonreír á ese genio entre las llamas
cubriendo de vergüenza á sus verdugos
y de gloria á su tierra y á su raza,

dame la voz que encanta y que cautiva,
la que asombra y conmueve y avasalla,
para ensalzar á aquellos que supieron
redimir nuestro nombre y darnos patria !

Yo he visto entre mis sueños cómo surge
una figura noble y veneranda
ostentando en simpático contraste
la veste negra y la cabeza blanca.

Hay en su faz de apóstol ese nimbo
de bondad y saber que luz irradia,
y en sus pupilas dulces y apacibles
la luz de un claro amanecer del alma.

Es más que un ser humano, un elegido
que busca cual Moisés una montaña
y en ella á las absortas multitudes
despertará con su viril palabra.

Una mujer conoce su secreto,
mujer sublime y de virtud sin mancha,
que cuando ve al apóstol en peligro
á realizar su ensueño se adelanta.

« Es hora ya, le dice, no vaciles,
volcán que va á estallar, nadie lo apaga ;
por más tiempo no escondas en su cráter
el rugiente turbión de fuego y lava.

Surge á la lid hoy mismo, no le niegues
al porvenir tu brazo y tu esperanza,
y cambiarás en pueblo de hombres libres
este rebaño de infelices parias ».

Y el apóstol surgió ; fueron muy pocos
los que á tal hora en su redor hallara ;
pero con ellos inició la lucha
retando al porvenir sin temer nada.

Era un humilde sacerdote, y quiso
tener por armadura, su sotana ;

por soldados, los pobres, los desnudos,
y la justicia y el deber por armas.

Antes de que la luz en el oriente
tiñera al horizonte en rojo y gualda,
convocó al pueblo con su voz sonora
en la torre del templo la campana ;

y oyó la multitud vibrar un grito
que como rayo penetró en las almas,
« ¡ Viva la Independencia ! »... Al contestarle,
amparada por Dios, nació la patria.

Y de allí el sacrificio, la tortura,
la abnegación, la prueba, la constancia ;
la lucha del pequeño contra el grande ;
el reto del plebeyo á su monarca.

Y siguieron al cura de Dolores
mil y mil cuyos nombres no se apagan ;
una legión de heroicos insurgentes,
asombro de la Gloria y de la Fama.

Cada cual tuvo por mejor amigo
su caballo, incansable en la batalla ;
por tesoro, la fe ; por solo premio,
la muerte, y por baluarte, la montaña.

Durmiendo al aire libre en pleno campo,
sin un instante de placer y calma,
dejando el dulce hogar abandonado,
sin medir el dolor ni la desgracia,

fueron uno tras otro, todos ellos,
con faz serena y con segura planta,
subiendo los escaños del cadalso
sin verter una queja ni una lágrima.

Hidalgo, Allende, Mina, Matamoros,
Morelos, Abasolo, Galeana,
Pedro Moreno, y tantos, cuyos hechos
ejemplos son que nuestra historia guarda ;

murieron sin que el sol de la victoria
alumbrase su frente inmaculada ;
sin ver libre la tierra en que nacieron
y que con tierna gratitud los ama.

Bastó Guerrero á mantener la lumbre,
encendida por ellos en el alma ;
y siguió sus ejemplos imitando,
como un héroe del sur en las montañas.

Tocó á Iturbide consumir con gloria
lo que fuera una espléndida esperanza,
y al desplegar la tricolor bandera
como un redentor símbolo en Iguala,

desde sus tumbas los augustos muertos,
levantando las frentes no manchadas,
repetieron el grito de Dolores :
« ¡ Viva la independencia de la patria ! »

.....
¿ Qué monumento habrá que conmemore
dignamente tan ínclitas hazañas ?
¿ Qué lira existirá, con la que pueda
un nuevo Homero con amor cantarlas ?

¡ Oh, Hidalgo ! ¡ Oh, Padre ! ¡ Oh, Redentor del
que el corazón amante te consagra ! [suelo
¡ Cómo surge apacible en nuestra historia
tu veste negra y tu cabeza blanca !

¡ Con qué entusiasmo van las multitudes
dejando al pie de tu broncea estatua
admiración y gratitud: dos flores
dignas de tu memoria sacrosanta !

¡ Héroe humildes ! os debemos todo ;
¡ moristeis por salvarnos ! ¡ Nadie iguala

vuestra bendita abnegación; ninguno
deja de bendeciros con el alma!

Los siglos correrán sin que se borren
vuestros esfuerzos en la historia humana;
¡ gracias, en nombre de la patria libre!
¡ Por vuestro arrojo y vuestra muerte gracias!

No se pierde en el pueblo la memoria
de los cauillos nobles que lo salvan,
fuera preciso derribar sus montes,
secar sus mares y extinguir su raza;

sus nombres los repite en cada aurora
la brisa dulce que al correr enarca,
la superficie azul, siempre serena,
de los vírgenes lagos del Anáhuac;

susurran con los vientos de la tarde
del ahuehuatl en las guedejas canas,
y los murmura el bosque centenario
en cada hermoso despuntar del alba!

¡ Héros humildes! fué vuestra conquista
la eterna independençia de la patria,
y fuisteis, para orgullo de esta tierra,
mártires dignos de tan noble causa.

En la ciudad lujosa, en el emporio
de la nación por vuestro afán soñada,
una calle recuerda á los viajeros
la epopeya inmortal que os fué tan cara.

Tiene por alto nombre y por escudo
una sublime y mágica palabra;
vuestra fe, vuestro afán, vuestro martirio,
¡ la gloria de que fuisteis alborada!

¡ Cuántas veces envuelto en mis tristezas
he pensado en vosotros al cruzarla!
¡ Cuántas veces en ella he meditado
en todas vuestras ínclitas hazañas!

¡ Héros, vivid la vida de la Gloria!
Ya vendrá un bardo de potentes alas,
y nuevo Homero, encontrará en vosotros
el argumento de la nueva Iliada.

Dormid en paz, cubiertos de laureles,
de amor, de bendiciones y de palmas,
prestando augusta sombra á vuestro lecho,
la tricolor bandera de la patria.

EL CALLEJÓN DE LOS MISTERIOS

En una calleja oscura,
larga, sucia, abandonada,
como inútil y olvidada
por su constante pavora ;

donde una vez puesto el sol
ó agonizando la tarde,
al pie de una imagen arde
inútilmente un farol,

alza sus macizos muros
un antiguo caserón,
según el vulgo, mansión
toda duendes y conjuros.

Ancho y labrado el porta
extensas las galerías,
dos patios con arquerías
al estilo medioeval,

tristes y extensos salones
tan oscuros en verdad,
que se ve la obscuridad
salirse por los balcones.

Todo triste en lo interior,
y todo triste por fuera,
como si todo estuviera
quejándose de dolor.

La calle como escondida,
la casa como ignorada,
y en una y otra, nada
que dé señales de vida.

¡ Ay del que llega á la puerta
y explora el patio sombrío !
¡ sólo el aire húmedo y frío
zumba en la mansión desierta !

Y zumba en queja doliente,
en pavoroso alarido
por el eco repetido
tenaz y lúgubremente.

¿ Quién vive allí? ¿ á quién no arredra
tanta incuria, tanta sombra ?
Musgo y polvo son su alfombra ;
su solo tapiz la hiedra.

Aun queda en el patio, fijo
á un muro que está en ruínas,
con su corona de espinas
un antiguo Crucifijo.

La soledad, la pobreza,
son su templo y son su altar,
y él parece doblegar,
mirándolas, su cabeza.

No le da el incienso aromas
que á la devoción convidan ;
detrás de su cruz anidan
melancólicas palomas.

Con su monótono canto,
colorido y plañidero,
en desvencijado alero
turban la quietud del santo.

Tal es el cuadro que abraza
por la tosca cerradura

el que investigar procura
lo que encierra aquella casa.

Y en los labios de las viejas
corren confusas y extrañas
mil ridículas patrañas
y fabulosas consejas.

Nadie á penetrar se atreve,
y en las noches se adivina
tenue fulgor que ilumina
algo que lento se mueve.

Se mira tras las vidrieras,
por tanto polvo empañadas,
cruzar sombras recatadas
que dan quejas lastimeras.

Algo como cirios; luego
un tropel de informes seres;
se oyen voces de mujeres
en son de plegaria ó ruego.

Y hay quien cuenta que escuchó
un responso vago, incierto,
y que por el patio un muerto
á lentos pasos cruzó.

Otros con terror decían
que una monja andaba en pena
y en noches de luna en llena
junto al Cristo la veían.

Y al más adusto y formal,
las gentes le aseguraban,
que allí las brujas rondaban
en aquelarre infernal.

Sin que faltase en el coro
de tantos comentadores
alguien que hablase primores
de un escondido tesoro.

Ni quien llegase á creer
que en antro tan pavoroso
escondiera algún celoso
á una preciosa mujer.

Habiendo quien afirmara
haber visto en esa calle
un ángel de esbelto talle,
cutis blanco y linda cara.

Gallardo cuerpo gentil,
negros y hechiceros ojos,
y labios frescos y rojos
como una rosa de abril.

En tantas suposiciones
algo de verdad había
que la gente convertía
en necias supersticiones.

Causando á todos terror
con la sombra y el misterio,
lo verdadero, lo serio,
voy á decirlo al lector :

Ya comenzaba á rugir
sorda, por aquella edad,
la terrible tempestad
nuncio de un gran porvenir.

Ya era una hermosa ilusión
transformar sin fuerza extraña
una colonia de España
en una libre nación.

Como mártires primeros
cumpliendo un deber sagrado
el cadalso habían honrado
Hidalgo y sus compañeros.

Y demandando venganza
se conspiraba de un modo

que creyesen como todo
muertas, la fe y la esperanza.

Y esperanza y fe cautivas
de almas discretas y honradas
estaban atribuladas,
pero potentes y vivas.

La pasión que no se nombra
es verdadera y bendita,
que planta que el sol marchita
sólo florece en la sombra.

Y era muy cuerdo en verdad
al vivir en cautiverio
conquistar en el misterio
el bien de la libertad.

Y se e'igió una mansión
triste, olvidada y sombría,
para nutrir cada día
la oculta conspiración.

Ignoraban los cautivos
aquellos planes inciertos
en que eran los vivos, muertos,
y los muertos eran vivos.

Ignoraban que una grey
sin nombre y sin elementos
minaba ya los cimientos
de la inquisición y el rey.

Y que esa grey dividida,
en grupos con fe en la suerte,
retaba audaz á la muerte
por darle á su pueblo vida.

Y el cuartel, el monasterio,
la logia, el templo, el taller,
con nuevo modo de ser
ocultaban el misterio.

Siendo en la angosta calleja
polvosa y abandonada,
un centro, aquella morada
germen de tanta conseja.

Ninguno á los duendes vió
si en altas horas venían
ni si en parvadas salían
cuando el alba despuntó.

Se supo al fin que eran hombres
de posición y respeto,
perdiéndose en el secreto
sus trabajos y sus nombres.

Teniendo el vulgo ocasión
para llamar misterioso
al estrecho, tenebroso
y olvidado callejón.

LA CALLE DE LA PERPETUA

Una eterna soledad ;
una ancha plaza desierta
y una casa que en verdad
revela que por su puerta
da entrada á la eternidad.

Casa terrible y sombría
que corona un esquilón,
que en la noche y en el día
lanza el toque de agonía
de la Santa Inquisición.

Á pobres encarcelados
ninguno asomar los ve,
pues tan sólo enmascarados
salen, para ser quemados
en algún *auto de fe*.

Los muros que azota el viento
no le permiten salir
ni al desgarrador lamento
del que en medio del tormento
miente para no sufrir.

En la noche más serena
un rumor que da sonrojo
parte el corazón de pena :
¡ Siempre cruje una cadena !
¡ Siempre rechina un cerrojo !

Siempre está la pared muda ;
y el antro en silencio eterno ;
la puerta pesada y ruda
es negra como la duda
y horrible como el infierno.

Todo repugna y espanta ;
todo da miedo y pavor
y se anuda la garganta
al llamarle *casa santa*
á la casa del dolor.

La calle está abandonada ;
quien por ella cruza, reza,
y por triste y por odiada
es por el pueblo llamada
de la *Perpetua Tristeza*.

Hasta en nuestra alegre edad
como triste le da fama
su constante soledad,
y el pueblo en nuestra ciudad,
de la *Perpetua* le llama.

En ella surge y domina
la inolvidable mansión
que hoy el saber ilumina...
¡ Se tornó la Inquisición
Escuela de Medicina !

LA FUENTE ENSANGRENTADA

LEYENDA DE LA CALLE DE LA PILA SECA

Cuando una mujer se goza
en dar tormento á las almas
burlando á los que por ella
viven en perpetuas ansias ;

cuando miente amor y dicha
al que rendido á sus plantas
como á un dios sobre la tierra
con devoción la idolatra ;

cuando promete venturas
y da tristezas amargas,
y las flores que le ofrecen
emponzoña y desbarata,

son tan intensos los males,
son tan hondas las desgracias
que con su conducta aleve
á cada momento causa,

que á su paso sobre el mundo,
como una huella que espanta,
deja una estela de sangre
por su culpa derramada.

Los celos son una fiebre
que ningún remedio calma,

su influjo conduce al crimen
sin medir muros ni vallas.

¡ Ay del que les da cabida !
¡ Ay del amante ó la amada
en quien la negra serpiente
filtra su asquerosa baba !

No hay poder que lo contenga ;
la virtud más firme y alta
no resistirá á su impulso
que toda nobleza empaña ;

áspid escondido, artero,
que devora las entrañas,
lo mismo al rey que al esclavo
en desaciertos iguala.

Cuentan que una linda moza,
verdadero sol de gracias,
que hará menos de dos siglos
fué una perla en Nueva España,

cautivó con su hermosura
á las gentes de prosapia,
pues el pueblo ni siquiera
osó de frente mirarla.

Era rica y orgullosa ;
para su tiempo ilustrada ;
hechicera por su trato ;
por su beldad, soberana.

Voluble como las olas,
ninguna llegó á igualarla
en dominar corazones
que de duros blasonaban.

Amáronla á un tiempo mismo
dos donceles de gran fama,
el uno por su linaje,
el otro por sus hazañas.

Uno fué de regia stirpe,
aunque del trono lejano,
el otro allegado á un duque
de gran renombre en España.

Cada cual á doña Elvira
le ofreció un amor sin mancha,
y á los dos, al mismo tiempo,
lisonjeó en sus esperanzas.

Creyóse don Luis amado,
y don Enrique soñaba
ser el único á quien diera
su amor, doncella tan casta.

Una noche á igual instante,
ya con sospechas fundadas,
llegaron ambos amantes
debajo de una ventana.

Retiróse con cautela
don Luis á cierta distancia,
y allí sin ser sorprendido
vió lo que nunca esperara.

Elvira habló con Enrique,
tierna, amable, alegre y franca,
y él la dió un beso en la mano,
y ella acarició su barba.

No bien los vió despedirse
acercóse con audacia,
y al sorprenderlos, la joven
se puso trémula y pálida.

« Juzgué — dijo — noble y pura
á quien es torpe y liviana... »
Iba á seguir, mas no pudo,
que le ahogaron las palabras.

Don Enrique ardiendo en ira
le volvió tal bofetada

que á no ser don Luis tan fuerte
cayera como una estatua.

Buscóse bañado en sangre
y ciego y loco la espada,
y no hallándola, del cinto
sacó florentina daga.

Sobre el rival arrojóse
como una pantera hircana,
dió rienda suelta á sus celos
y le cosió á puñaladas.

Cayó al suelo don Enrique,
y don Luis tuvo la infamia
de rematarlo tendido,
de los celos con la rabia.

Al lado de aquel cadáver
con tristeza murmuraba
la fuente que en la calleja
daba á los vecinos agua.

Lavóse en ella las manos
el matador con gran calma,
sin advertir que la sangre
era tan espesa y tanta,

que al despuntar en oriente
los rayos de la alborada
el líquido estaba rojo
dando susto y repugnancia.

La justicia inquirió al punto
del negro crimen la causa,
que cuentan terminó en breve,
no cual todos anhelaban,

sino dejando á la víctima
en una tumba olvidada,
á don Luis en su palacio
y á la doncella en su casa.

Contáronse mil consejas
terror de la gente baja
acerca de los espantos
de la fuente ensangrentada,

diciendo que por las noches,
como purpurina lava,
mirábase hervir en ella,
dando terror, sangre humana.

No volvió ningún vecino
á tomar en ella el agua,
ni á consentir que ninguno
la sacara para nada.

La conseja pudo tanto,
que la autoridad fué blanda
y cortó las cañerías
dejando la fuente exhausta.

Hoy ya ni memoria existe
del lugar de aquella infamia,
se sabe que en él alzaron
con el tiempo nuevas casas.

Queda la calle que entonces
fué una obscura encrucijada
y que de « la Pila Seca »
en nuestro tiempo se llama.

LA CAJA MILAGROSA

LEYENDA DEL EX-CONVENTO DE LA CONCEPCION

I

Para honrar la siempre limpia
Concepción inmaculada
en la hermosa y opulenta
capital de Nueva España,

un vecino muy devoto
y de riquezas muy vastas,
trató de hacer un convento
digno de gloria tan alta ;

y comprando unos solares,
y al rey demandando gracia,
logró dar cima á su anhelo
sin medir riesgos ni vallas.

Llamábase aquel buen hombre
Juan Aguirre de Suasnaba,
pródigo en las caridades,
y en las costumbres, sin tacha.

Cuando con gran regocijo
miró su obra comenzada
y dió fin á los cimientos
y forma á sus esperanzas,

la segur, que no respeta
glorias y dichas mundanas,

cortó el hilo de su vida,
por cierto envidiable y grata.

Tocó á sus más allegados
heredar cuanto dejara,
y ya ricos, no quisieron
proseguir obra tan santa.

Quedó en punible abandono
la nueva y costosa fábrica,
sin que de ponerle término
se dijera una palabra.

Los dueños de la fortuna
fuéronse á tierras extrañas,
y nadie creyó que hubiese
quien á Aguirre reemplazara.

Apagáronse de un soplo
las ilusiones doradas
de cuantos vieron seguía
del nuevo templo la fábrica.

Y en las más nobles familias
con dolor se comentaba
la conducta de los deudos
del propio interés avara.

Las pudorosas doncellas
que con delicia y con ansia
soñaron en vestir pronto
manto azul, túnica blanca,

y habitar del nuevo claustro
la quieta y feliz morada,
al saber la triste nueva
vertieron secretas lágrimas.

En esos tiempos remotos
del mundo en la mar sin playas,
para encaminarse al cielo
era el convento la barca;

la celda, puerto y refugio
de la vida en las borrascas;
y la fe, radiante estrella,
nuncio y galardón del alba.

En los tristes desengaños,
en las dudas más amargas,
en la orfandad sin apoyo
y el amor sin esperanza,

cuando todos los dolores
á un tiempo el ánimo embargan
y la razón obscurece
y las virtudes desmayan,

el claustro fué la piscina,
el Jordán de frescas aguas
en que encontraron alivio
los hondos males del alma.

Y las vírgenes más bellas,
las azucenas más castas,
en sus floridos abriles,
en su edad más dulce y grata,

encerrábanse en las celdas
como en tumbas solitarias,
viviendo en completo olvido
sin ambiciones bastardas;

y allí, sin decir á nadie
la historia de sus desgracias,
era su ilusión la muerte
y el martirio su enseñanza.

Tarde por tarde, iban muchos
á ver en desierta plaza,
frente á la modesta ermita
que á nuestros tiempos alcanza.

los comenzados cimientos
de la nueva mansión sacra